

Handwritten signature in black ink, possibly reading "M. Masberger".

Handwritten signature in black ink, possibly reading "M. Masberger".



suplemento
Handwritten signature in black ink, possibly reading "M. Masberger".
Handwritten number "18" in red ink.



Variete.

La mujer y la comida

ELOGIO DE LOS ENTREMESSES

«Los entremeses son el vestíbulo de las comidas. Por ellos puede juzgarse de la generosidad y la delicadeza del anfitrión. Con una sola ojeada a las **bagatelas** el convidado comprende a su huésped, interpreta su magnificencia. Son como el **hall** suntuoso, sutilmente alhajado, que hace soñar con la riqueza confortable de las habitaciones interiores.»

Joaquín Hipmann.

“DORIN”

PRIMERA CASA EN EMBUTIDOS PROPIOS PARA ENTREMESSES
CHARCUTERIA SELECTA

Especialidad en deliciosos **pollos asados**
en su jugo, a base de la máxima higiene, por modernísimo sistema patentado.

TELEFONO: 11968

PRINCIPE, 18

ELOGIO DEL VINO

Desde Noé a nuestros días el vino ha sido objeto de todos los entusiasmos, de todos los homenajes. Baco, coronado de pámpanos, preside todos los festines; él desata las lenguas, él anima las conversaciones, él hace brotar, al borde de la copa, la risa de los labios. Todos los inmortales lo immortalizaron; y nuestro clásico dijo en un brindis donoso:

«Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman **vino...**,
porque nos vino del cielo.»

RIOJA SUPREMO **TONDONIA** LOPEZ HEREDIA

Acreditado vino fino de mesa español

ELOGIO DEL AGUA DE MESA

«El agua, cristal líquido con el que se preserva la vida, puede encerrar no pocas veces el virus de la muerte.» Esto decía un médico ilustre, Arnaldo de Vilanova, hace centenares de años. ¡Cuán doctas y verdaderas sus palabras! En la transparencia de un vaso de agua puede ocultarse, invisible, la fiebre, la enfermedad espantosa, el dolor... Sólo con el agua de mesa, garantizada por los sabios, puede apagarse nuestra sed sin miedo.

CABREIROA

LA MEJOR AGUA DE MESA
SABOR AGRADABLE, PUREZA BACTERIOLO-
GICA, MUY BICARBONATADA Y CARBONICA

Teléfono 54204

Delegación en Madrid:

Goya, 36, 4.º dcha.

ELOGIO DEL ARROZ

«Un hombre como yo—dice el ilustre Fernández Flórez—que ha comido doce o catorce clases de arroces en el país donde mejor se condimenta este plato, puede presumir, sin excesiva jactancia, de que ha conseguido una especialización.» Y luego sigue en otra parte: «Primero el arroz **a banda**, después los demás arroces. Aparte esto, todo lo que pueda encontrarse en el mundo apenas vale un suspiro.»

PRODUCTOS “EL CID”

ARROZ Y CONSERVAS

AMPOSTA
(Tarragona)

ALMENARA
(Castellón de la Plana)

ELOGIO DEL PESCADO

«Cuando como pescado me siento menos fiero, menos carnívoramente terrible; mi instinto feroz de animal-hombre, se contrae y se duerme. Créome uno de esos traumatúrgos de Oriente que pueden alimentarse con los lindos pececillos multicolores de un jarrón japonés, como la princesa Ita Jii se alimentaba de pétalos de rosa.»

Edouard Michoux.

FRANCISCO PARDO

SUCESOR DE M. MARTINEZ

PESCADOS Y MARISCOS

DEL CANTABRICO A LA MESA

PROVEEDOR DE LOS PRIMEROS HOTELES

Mayor, 47, moderno.

Teléfono 14847

ELOGIO DEL ASADO

«Positivismo, positivismo y positivismo. Tales son los lemas de hoy. En decadencia los poetas, los hombres quieren, exigen realidades. Prefieren las áureas coronas del dinero a los perennes laureles del triunfo. En la mesa, la Humanidad se inclina, reverenciosa y satisfecha, ante un buen asado de ave, reluciente en su jugo, manjar orondo y grato, que anima con su prometedor olorillo y sacia con su carne apetitosa y blanca.»

Enrique Duvernois.

Para lograr el más rico asado, compre las selectas aves de la Casa

VIUDA DE P. DE ROLDAN

Mayor, 47, moderno.

FUNDADA EN 1881

Teléfono 10217



itinerario..

Cuando empezó, sobre la tierra, la vida económica debió caer de un modo natural sobre la mujer la mayor parte del trabajo, por lo menos la parte más absorbente y penosa. Cuidó, de seguro, el fuego y los hijos, mantuvo ordenado aquel balbuceo de hogar, recogió frutos y cosas útiles y menudas, guiso y sembró el terreno. El hombre, entre tanto, realizaba tareas magníficas, en una lucha titánica con la Naturaleza, pero se sentaba largos ratos para pensar, mientras la mujer trabajaba sin descanso. Es probable que, como opina Wells, si se juntan hoy un hombre y una mujer en una choza, en una casa o en la habitación de una fonda, las cosas se arreglen, casi sin discusión, de manera análoga. En todo caso, y puesto que la mujer es de la misma naturaleza racional que el hombre, a este abismo abierto entre ellos, a esta limitación, por un factor de pura economía, en el ejercicio de sus talentos, puede atribuirse el que los de las mujeres se hayan desenvuelto con menos extensión que los de sus compañeros en la esfera del conocimiento. Si él es más reflexivo, ella es más observadora; si él generaliza más, ella es más intuitiva; si él es más fuerte, ella es más astuta. Quizá de este orden de consideraciones podrá deducirse que se diferencian para completarse, con esa desigualdad que, dentro del maravilloso equilibrio de la Creación, produce entre todas las cosas una solidaridad que busca, a través de un fin particular, fines universales; pero en modo alguno que esa diferencia implique, necesariamente, una inferioridad.

¿Qué oscuro movimiento defensivo viene a ser éste que, a través de los siglos, pone al hombre en guardia frente a la mujer cuando, aliviada, quizá del peso de aquellos factores económicos, comparece, con desenvoltura que disimula su timidez, con el entusiasmo de todo novicio, en el campo de las ciencias y de las artes? Los que hoy todavía prefieren verlas en la cocina como en su marco adecuado, los que se burlan de sus esfuerzos, riman sus quejas, desdeñosos del tiempo, con las de Juvenal, al que indignaban la "preciosa ridícula" y la "marisabidilla" que en sus días, tan lejanos, hicieron su aparición en Roma:

"Pero más me revienta la doctora que no bien a la mesa comparece a los vates compara en su balanza; pone a Maron de un lado, al otro a Horacio y luego el fallo decisivo lanza.

Los gramáticos ceden al discurso, los retóricos callan, y admirado también calla el concurso.

No intente el pregonero, el abogado, mujer alguna hablar tantos raudales de frases, ella ensarta en un momento!"

No son más ponderados muchos hombres, no viene a ser más macizo el cerebro de muchos hermanos nuestros, bajo cuyos cráneos encontraríamos, si los pudiéramos levantar sin daño, el vacío de los espacios interplanetarios. Pero





LA LÍNEA Y EL COLOR
BIEN PUEDEN SER UNA
PREOCUPACIÓN FEMENINA.

¿Y QUIÉN UNIRÁ MEJOR
LA CIENCIA Y EL AMOR
AL CUIDAR A LOS NIÑOS?



resulta difícil eludir, en nuestra relación con las mujeres, la comunicación, la constante interferencia de motivos emocionales de distinta naturaleza. Quizá por lo mismo que con frecuencia estamos ante ellas en una posición de adoración personal extravagante, en una voluntaria humillación que se nutre de admiración y de deseo, buscamos restablecer el equilibrio reservándonos algún terreno en que podamos sentirnos inferiores y nos irritan las tentativas que ellas hagan para invadirlo.

Hasta la emancipación a la que asistimos, hasta la admisión de la mujer en las profesiones liberales, en los cargos públicos y en la vida política ¡cuántos altibajos, cuántos rodeos en el camino recorrido! Atropellada en sus derechos y adscrita a cultos que eran aberraciones en Babilonia; acémila y esclava dentro del hogar en la India y en otros muchos lugares; en Israel, fábrica de hijos, que como cualquier otro mueble puede ser arrojado a la calle, cuando su presencia desagrade; elevada a la máxima dignidad por la Iglesia católica; vaso de perfecciones en las cortes de Amor y objeto de una adulación engañosa que la colocaba a la altura de una divinidad... Sin hablar de esta transformación que se está realizando casi ante nuestros ojos. La muchacha occidental, en las clases prósperas o por lo menos acomodadas, está mucho más lejos en lo físico y en lo moral de una dama joven de hace menos de un siglo que de cualquiera de sus hermanos. Probablemente se exageran ahora los parecidos, como antes se exageraban las diferencias y puede dudarse de que durante mucho tiempo todavía dejen de estar vivos y palpitantes, bajo las apariencias, los motivos diferenciales, las relaciones de subyugación y ternura que, como una herencia a la que no podemos renunciar, nos vienen del pasado. Pero nos basta contemplar un momento a esas muchachas que andan por la vida con paso firme y elástico, preocupadas por tantas cosas que a sus antepasadas no preocuparon nunca, seguras de sí mismas, para comprender que la transformación no ha terminado.



(ARRIBA) PERO TAMPOCO
PIERDE LA MUJER SU GRACIA CUANDO BUSCA LOS SE-
CRETOS DE LA MECÁNICA.

NI CUANDO EMPUÑA EL
FLORETE, FLEXIBLE Y AGU-
DO COMO UN EPÍGRAMA,
QUE ES SU ARMA FAVORITA.



FOTOS V. MUÑO, FRED WA-
LLENTIN Y ARCHIVO P. E.

Aunque quede también palpitando bajo los cambios externos un apretado núcleo de ideas y tradiciones que confunden y engañan a muchas mujeres con la sugestión de que siempre han de ser reinas de belleza, preferente objeto de las aspiraciones masculinas y premio suficiente para todo servicio o esfuerzo concebible. La vida corriente es, por lo general, monótona y sobria; pero una gran difusión de la literatura y de los libros baratos, en relación y completada por el cinematógrafo, vierten sobre nosotros, sobre esa juventud 'emmenina' a la que nos referimos, las aguas de una oleada de romanticismo. El joven que se sienta, en el "cine", junto a una muchacha novelera suele estar más preocupado con la tarea que al día siguiente le aguarda que con la idea de realizar estupendas hazañas por mar y tierra. Y aunque no lo crean, es la verdad que, en general, los hombres están demasiado inquietos para dedicar a esas deliciosas criaturas toda su vida, todo el tiempo y toda la atención que piden y que esperan. Sin contar con que saben que cualquier reina de belleza, despojada de sus vestidos brillantes y de grasas y pinturas, no deja de ser un pobre-cillo ser humano como cualquiera otro.

Pues con todas esas limitaciones, con todas esas preocupaciones a que nos referimos, las mujeres han escrito, han gobernado, han combatido cuando se lo propusieron, sin que, en verdad, su sexo fuera estorbo para la empresa. Ellas han podido y podrán, cada vez más, intentarlo todo y realizarlo todo, salvo desprenderse de su condición femenina. En la mitología Egipcia, Iris, estrella de los cielos, lleva en sus brazos al niño Horus, y Osiris, que era su señor, era también Horus. Así hace miles de años y así quizá eternamente. Es decir, hija y madre, y cuando estreche entre sus brazos a un hombre, a la vez conquista y refugio.

PEDRO PUJOL

... EN EL CLAUSTRO

Santa Teresa de Jesús; Sor María de Agreda; Sor Juana Inés de la Cruz.

Tres mujeres en la gracia de su plenitud. Tres almas que sintieron plenariamente la imantación de Dios, y fueron mensajeras de lo sobrenatural, letradas en artes de espíritu, nautas expertas en rumbos y navegaciones interiores. Tres claustrales que florecieron en los huertos cerrados del Señor, con distinto y recatado aroma, pero que trascendieron del claustro recinto para dejar beneficiosamente la suavidad de su influjo y la atracción de su presencia en los dominios de las letras y de la vida.

Las tres constituyen un tríptico argumentativo de la capacitación de la mujer—tan reiteradamente puesta en litigio—para la especulación mística, para las arduas empresas de mando y gobierno, para la dedicación lograda al cultivo de las letras y artes de ingenio.

Tres temperamentos distintos, acreditativos de facultades superiores que, sin mengua de su originalidad, reaccionaron de modo diverso, aunque convergente en su finalidad suprema, ante los requerimientos de la gracia que, al prender y fructificar en ellas, no las deshumaniza, sino, más bien, las acendra y mejora.

Tres almas que son tres apologistas de la gracia del Señor, de la fecundidad de su presencia en el espíritu, del gozo no sobrepajado de andar en su trato y conocimiento. Buscaron a Dios en primer término, y todo lo demás les fué copiosamente conferido por añadidura. Para ser egregias, no necesitaron degenerar en histéricas, anormales y viriloides, como tantas otras mujeres, dotadas sin duda de ingenio, pero que juzgan, con grave consecuencia y daño, que han de desvincularse de Dios primero y de romper normas de regulación ética para poder asegurar su paso libérrimo por la vida y rendir los frutos de su capacidad. Sólo por el influjo nocivo de intrusiones forasteras, que no perfeccionan y libertan, sino que deforman y mixtifican, han podido prevalecer usos y modas que descalifican y restan valencias a la normalidad constitutiva de la psicología y del carácter específico de la mujer española.

Ni la disciplina ni la austeridad monásticas, en cambio, restaron ímpetu al vuelo, ni originalidad a la iniciativa, ni gracia a las expansiones de estas tres mujeres ejemplares: Santa Teresa, Sor María de Agreda, Sor Juana Inés de la Cruz.

Aquí están, como tres hitos de perfección, como tres afirmaciones invalidables, como tres exponentes de la feminidad y del donaire, del talento y de la virtud, del realismo y de las ascensiones místicas, del temperamento y del equilibrio de la mujer española, cuando en ella se alían, para enriquecerse mutuamente, la fecundidad de la fe y de la vida interior, con los dones de su naturaleza y el privilegio de su gracia.

Y ésta es Teresa de Jesús, la Santa de Ávila. ¡Qué encumbrado y lleno de sol el palomar del Carmelo! Ni la erosión de los días, ni la inclemencia de los temporales han abatido la sólida humildad de su gracia recoleta y monjil. El recuerdo de la Santa Madre nos ilumina el alma y la llena de claridad y de júbilo. No se sufre melancolía ni mal de espíritu en el trato y vecindad de la Santa, a quien la frecuentación de los caminos interiores la hizo más entrañablemente comunicativa y humana. Con la dedicación al Señor no se mermaron en nada las condiciones nativas de aquel temperamento extraordinario de mujer. Sus dones naturales quedaron potenciados en harta medida con el advenimiento de los carismas del Señor. Cuando el alma se endiosa, la carne tiende a hacerse espíritu y las potencias todas multiplican su afán para asegurar la vida de Dios en el alma contra la insubordinación del instinto.

Desde el convento de San José, de Ávila, orto del renacimiento teresiano y primera etapa de una serie de empresas a lo divino, levantó la Santa el vuelo, ancho y seguro, y trazó el rumbo de sus itinerarios ideales. "El vuelo del espíritu—nos dirá ella—es un no sé cómo le llame, que sube de lo más íntimo del alma. Parece que el alma y el

espíritu es una cosa; sino que como un fuego, que si es grande y ha estado disponiéndose para arder, así el alma de la disposición que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama y sube a lo alto..." ¡Y con cuánto deleite y reiteración insiste la Santa en estas bellas metáforas del vuelo y de la llama, del aire y del ímpetu marinero, del agua clara y de las fontecillas inquietas, que ella ha visto manar! Parece que aquella avececa del espíritu se escapó de esta miseria de la carne y cárcel de este cuerpo, y desocupada de él, puede más emplearse en lo que le da el Señor".

Por los caminos terrenales de España dejó para siempre, aunque voló tan alto, la gracia de su presencia. Anduvo con el pensamiento colgado del cielo; pero, a la vez, ¡qué sentido de la realidad el suyo! ¡Qué bien conocía, en sus afanosas peregrinaciones de reformadora, las rutas y veredas, los paradores y santuarios de la España del seiscientos! ¡Qué bien sabía de la soledad sabrosa, donde brota el agua soterraña! —"¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva, que dijo el Señor a la Samaritana!"—, ¡y cómo le saltaba el ánimo de júbilo ante la contemplación de la Sierra de Ávila, azul de su contacto y vecindad con el cielo,



y ante las murallas y almenas de la ciudad, de donde ella tomó el aparato bélico de sus metáforas guerreras, para explicar la contienda a muerte que el alma ha de sostener contra el escuadrón de los apetitos y tentaciones, en pie de guerra siempre!

Santa Teresa es un caso maravilloso de conciliación entre el misticismo, la más genuina creación de España, y el realismo, que en el fondo es humanidad y dádiva, el arte de hacerse todo para todos. Ella concuerda y ama en fecunda compenetración la vida activa y la vida contemplativa. El trato y comercio con Dios no hace huraños y desabridos, sino que ensancha las latitudes del alma y unge la vida de emoción, para andar en armonía y concordia con las cosas y los hombres. Ella sabía de arrobos y contemplaciones, de hablas interiores y de los recreos inefables del éxtasis; pero a la vez advierte, con la experiencia de un gran psicólogo, que no hay que andar desasidos de la tierra, que "también entre los pucheros anda Dios", y que la santidad, como un panal de mieles rubias, se acendra y apura en los humildes quehaceres cotidianos.

La Santa Madre se convierte en la apologista del contento, de la alegría de servir al Señor. Su vida es

un ditirambo de la santidad. La vida mística—tan áspera y desazonada en los ascetas rígidos—tiene en la Santa un encanto irresistible, la fascinación lírica de un alma en gracia. Ella "se espanta de lo mucho que entiende", cuando el Señor se sirve abajarse hasta un alma "tan ruin y para tan poca cosa como la suya". Pero a seguido nos da la clave en una fase prodigiosa, que es un atisbo antológico admirable, sobre la que se puede levantar la más perfecta teoría del conocimiento y de la vida: "No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho". ¡Oh, Santa Madre Teresa de Jesús!

Mejor que Santa Catalina de Sena pudo ella decir "la mia natura e fuoco". Es una pura llama de amor viva. ¡Qué dinamicidad y qué ímpetu la de el amor de Dios! Y, a la vez, ¡qué calor de humanidad, qué misericordia y comprensión para la vida; qué donosura y gracejo en sus decires; qué penetración de espíritu, y qué anchura y claridad de mirada! Cuanto más se remontaba su pensamiento, más se asía a la tierra la raíz castellana de su temperamento, ensaviada en el amor del Señor. Ella era limpia como un regato de cumbre; pero conocía bien la técnica de los apetitos y las estrategias del Malo para restar almas a Nuestro Señor. De ahí esa artillería poderosa de sus obras, de sus libros, "que son la elegancia misma", como dice Fray Luis de León, para conquistar reinos de almas.

Santa Teresa es el Renacimiento del espíritu; es la contemplación hecha realidad y menester cotidiano. Para llevar a cabo sus grandes empresas no necesitó abdicar nunca de su condición de mujer. Fué esencialmente femenina en cuerpo y alma. A la gracia de sus dones naturales unió la gracia incomparable de su espíritu. La belleza del alma andaba en ella aunada con la belleza y el decoro del espíritu. "¡Dios te perdone, Sr. Juan de la Miseria—díjole a éste al terminar un retrato—, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe y al cabo me has pintado fea y legañosa!" La gracia y la humanidad, la comprensión humana y la elevación divina, se dieron la mano dichosamente en ella. Por eso es la suya la santidad que nos cautiva y enamora.

Sor María de Jesús de Agreda, en el siglo María Coronel, precoz vocación religiosa, consejera del Rey Nuestro Señor Felipe IV, fundadora célebre y abadesa de por vida, mujer de muy complejas aptitudes y famosa por sus revelaciones, puestas en litigio, y por su vida penitencial y austera, es como un destello crepuscular de la España del setecientos. Tiene perfiles que recuerdan las dotes de gobierno y señorío de Isabel la Católica y dones de espíritu que rememoran, aunque con distinto fulgor, los de Santa Teresa de Jesús. Pero no olvidemos que tanto Santa Teresa como Isabel la Católica son espíritus egregios que florecieron en un momento de culminación y de ímpetus renovadores. Son nuestro Renacimiento político y espiritual. Sor María de Agreda, en cambio, aunque excepcionalmente dotada, aparece cuando ya Don Quijote, quebrantado, se había ido con la desilusión de sus sueños y el fracaso de sus aventuras. Es época de decadencia, de complicación, de barroquismo. Ni en lo político, ni en lo moral, ni en lo religioso era posible sostener aquella tensión altísima del seiscientos y primeros decenios del setecientos.

Sor María de Agreda se lamenta de aquel "siglo miserable en que le había tocado vivir". Es un producto típicamente barroco de la época, como lo es el P. Nieremberg. La "Diferencia entre lo temporal y lo eterno", del uno, como "La Mística Ciudad", de la otra, nos dan la tónica de un momento histórico, todavía áureo, pero en trance de disgregación y falseamiento.

La Santa Inquisición anduvo en averiguación de las revelaciones y ciencias infusas de la monja de Agreda. Aunque el asunto no quedó muy en claro nadie, en cambio, puso en duda la pureza y la ejemplaridad de vida de aquella castellanísima mujer.

En lo que Sor María de Agreda aparece genial es en la correspondencia con Felipe IV. Sus "Cartas", admirables por la penetración, la energía y el equilibrio y el conocimiento de personajes y problemas,



son el más acabado "Anti-Maquiavelo". Son un tratado del buen arte de gobernar. Pocas veces se le habrá hablado a un Monarca con más entereza y lealtad. La prudencia y la elevación de Sor María, al aconsejar a Felipe IV, no admiten ni sombra de semejanza con la beatería y la adulación de la Maintenon con Luis XIV.

Sor María de Agreda veía con mirada profética la descomposición del Reino. Advierte al Rey de sus andanzas y devaneos; le reprocha la dejación del Gobierno en manos de favoritos y privados; le consuela en sus escrúpulos y terrores místicos; pero le recrimina a la vez su disolución y falta de enmienda. "Tiene que cumplir con su oficio de Rey—le dice en términos categóricos—, pagando de su persona ante el ejército y gobernando por sí, sin lo cual no podrá salvar su alma, aun cuando fuera muy piadoso y creyente". "El reinar—le dice en otra ocasión—tanto tiene de peso como de grandeza." Bastaría para revelar el temple superior de aquel gran espíritu de mujer esta frase admirable: "No ampara la creencia a los que desamparan sus propias acciones."

Con la aclimatación de la lengua vernácula en el Nuevo Mundo bien pronto hubo de prosperar allí la flor de la belleza. Y fué en la corte virreinal de México donde se dió el más lozano fruto. Aquella Sor Juana Inés de la Cruz, "décima Musa", de oriundez española, privilegiado ingenio y hermosísima mujer, hizo compatibles el afán no saciado de saber, en todo orden de humanas disciplinas, y el ejercicio de las más austeras virtudes. Manejó con igual arte el cilicio y la lira. En su corazón de mujer apasionada ardió con igual ímpetu la llama del amor divino y del amor humano. De ahí ese dolorido sentir que remueve dramáticamente sus versos de amor profano, "de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer", al decir de Menéndez y Pelayo.

"¿Para qué me enamoras, lisonjero, si has de burlarme luego, fugitivo?"

Su precocidad fué extraordinaria. A los tres años ya sabía leer. Aprendió latín en veinte lecciones. A los diecisiete años sufrió examen público de todas las Facultades, ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, filósofos, escriturarios, matemáticos, humanistas, y a todos llenó de asombro. Disfrutó de honores y distinciones regias. Sufrió del mal de amor, de celos y desdenes. Pero, al cabo, en la plenitud de su hermosura, optó por ser flor de santidad y lirio vallado en la clausura mística de un convento.

Su ingenio fácil y fecundo recorrió todos los géneros literarios, sin que en nada se amenguasen el fervor y la austeridad de su vida. En aquel encrespado ambiente de artificio retórico gongorinizó hasta sobrepujar al autor del "Polifemo". Pero, cuando deja correr la vena limpia de su emoción y de su personalidad, entonces es deliciosa. Ahí están las celeberrimas redondillas "Contra la injusticia de los hombres", que bastan para acreditar a un ingenio:

"Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia desigual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Con el favor y desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os tratan bien.
¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?"

P. FELIX GARCIA
(Agustino).



SANTA TERESA DE JESÚS ES EL
RENACIMIENTO DEL ESPÍRITU, LA
CONTEMPLACIÓN HECHA REALI-
DAD Y MENESTER COTIDIANO...



...EN EL GOBIERNO DE LOS



ISABEL CLARA EUGENIA, SOBERANA DE LOS PAÍSES BAJOS. (CUADRO DE RUBENS Y BRUEGHEL, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DEL PRADO)

Cuando el poeta racionalista dijo que "llevan al mundo a puntapiés los hechos" se acreditó de escéptico al alardear de observador. Más cerca de la verdad anduvo el otro vate que, barajando a Tamerlán y a Catilina y Masanielo, atribuía al azar éxitos y fracasos. Vanidoso empeño siempre el de no confesar la intervención constante de la Providencia en la vida de la Humanidad. Y entre estas indiscutibles intervenciones de la Alto en la marcha del mundo, pocas más patentes que las múltiples ocasiones en que, como de improviso, surge impensadamente entre las quiebras de una nación que se hunde, o en el torbellino de un pueblo que se desgarrar, o en los balbucesos de uno que empieza a vivir o a transformarse, la figura de una mujer, cual ángel que desciende del empuje, para salvar, encauzar, engrandecer, traer, en fin, la buena nueva a la grey elegida. Tal la borgoñona Clotilde, que casándose con el Rey de los francos gana las Galias o a la devoción de Roma. Tal, para los austriacos, María Teresa, en cuyo beneficio modificó el Imperio sus normas sucesorias, y que merced a eso pudo alzarlo desde la ruina de Carlos VI a un esplendor no igualado después. Tal, para los ingleses, Victoria I, heredera transversal de un Trono sin extraordinario relieve, que en sus días da nombre a la Era más brillante de la Corona de Inglaterra y es proclamada la primera Emperatriz de las Indias.

España, también, en ocasiones varias engendró para sí y para fuera mujeres providenciales. Bastaría citar como ejemplos de estas últimas a Isabel de Aragón, la "Reina Santa" de Portugal, y a Blanca de Castilla, la inmortal educadora de San Luis, cuya formación espiritual pregona aún la pintura de Cabanel en el Panteón de París. Pero ha de permitirse a mi perseverante predilección que una a estos dos nombres excelsos el de Isabel Clara Eugenia. Soberana de los Países Bajos, que mientras lo fué (pues no ha de confundirse esa época con la de su administración, en obediencia, de los desiertos de Madrid) hizo de la Flandes, encomendada a su cuidado, el país risueño, próspero, iluminado por los destellos del arte, emporio del saber, que permitió a Masterlinck decir en nuestro Ateneo, aún no hace muchos años: "El nombre de la archiduquesa Isabel es todavía bendecido en el fondo de nuestras campañas como el recuerdo de una Edad de Oro que no volverá más".

[Como que fué la Edad de Rubens, y Van-Dyck, y Teniers, y Pourbus, y Van Venius, y Brueghel, y Snyders, y Jordaens, y Sallaert! La Edad de la cátedra de Justo Lipsio. Días en que florecía la arquitectura de Francart y de Coebergher; la vidriería de Gridolfi, Motti y Martins; el grabado de Moretus en el hogar de Plantino; el cincel de Duquesnoy; las matemáticas de Coignet; la ciencia de Puteanus; la historiografía de Grammaye; la geografía de Ortelius. Esplendores del alto lizo en los talleres tapiceros de Amberes y Bruselas. Ensueños de prosperidad que plasmaban en proyectos como el de la "Fossa Eugénica" y en realidades fecundas como los Montes de Piedad. Emulaciones docentes entre los estudios de los Jesuitas y las aulas de Lovaina. Y, en medio de tan pródigo panorama, sobre el cual parece que va a desfilar aún la típica cabalgata del "Omme-ganck", inmortalizada por Van Alsloot, aquella corte ejemplar de Bruselas, de la que decía el eminente Pirenne, recientemente fallecido, que era "algo único en su género", entre cuya pompa y a través de la rígida etiqueta lucía "la bondad de una princesa que, en sus departamentos privados, trataba a sus damas de honor como una madre".

Mas ningunas, entre las mujeres enviadas por la Providencia para cosechar las bendiciones agradecidas de un pueblo, alcanzaron el rango prócer, con gesto de epopeya, que la Historia, al titularlas "Grandes", les otorgó justiciera, como las dos preclaras Soberanas que, más que el derecho, colocó la voluntad de Dios bajo el dosel del Trono de Castilla, para ennoblecerlo y magnificarlo: María de Molina e Isabel de Trastámara. Aquella, hija de un segundón, venida al solio por matrimonio, ni siquiera fué la primera desposada con Sancho IV, que antes estuvo comprometido con Guillermina de Moncada. Isabel, según es sabido, hija del segundo matrimonio de Juan II, no hubiera reinado si su medio hermano Enrique IV hubiera tenido hijos legítimos o hubiera sobrevivido a éste su hermano entero, el titulado Alfonso XII por sus parciales. En uno y otro caso, pues, quiso el Señor que, en trances de aguda crisis, la Corona de Castilla, zarandeada por tantas violencias, se posara en las sienes de una mujer predestinada, aunque traída al parecer por el Acaso, que superase así dotes de energía, tacto y viveza a muchos Reyes varones de entonces, y de antes, y después.

Aún no se hizo la biografía completa de María de Molina. La laureada autora de "Sancho IV de Castilla", Mercedes Gairois de Ballesteros, nos favorecerá en breve con ella, erudita, documentada, fundamental. Los atisbos que de tan considerable empresa conocemos permiten predecirle así. Pero basta con lo que de tan excelsa Soberana se sabe para reputar su intervención en la Historia como una misión con visos de sobrenatural. Al principio de su enlace con Sancho, "el Rey no conoció de pronto lo que tenía en casa", escribe el padre Flórez. Pero los tiempos que inmediatamente sucedieron dieron fe de que lo que "tenía en casa" Sancho IV no era sólo una gran Reina consorte, leal e inteligente auxiliar, sino una tan cabal gobernadora del Reino, que, como tal, supo luego defender contra cien asechanzas el Trono de su hijo, Fernando IV, y proteger con su experimentado juicio la desvalida cuna de su nieto Alfonso XI. Regir con acierto y entereza en tres reinados, durante los cuales andaba suelto por Castilla el diablo de la discordia, sólo como merced singular del Cielo cabe reputarlo.

Nadie que vaya a Valladolid debe dejar de venerar el sepulcro que, en las Huelgas, junto a lo que fué su Real Palacio de la Magdalena, contiene, bajo su imagen yacente, los restos de María de Molina. Gran dichado de mujer. En su hogar de esposa, ella conlleva amante el carácter impulsivo, iracundo, complicado de Sancho, y es su consejera, frecuentemente oída; su colaboradora eficaz; el escudo protector en que se embotan los dardos irritados de los hostigados por el Monarca inflexible; la



SEPULCRO DE MARÍA DE MOLINA, EN EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS, DE VALLADOLID, JUNTO AL QUE FUÉ SU REAL PALACIO DE LA MAGDALENA.

PUEBLOS

insuperable enfermera, en fin, que endulza la prolongada agonía del marido, y le suple en exigencias del mando y de la diplomacia desde que cae herido del mal de la muerte, en Quintanadueñas, hasta que, tras las dramáticas jornadas entre Madrid y Toledo, rinde su alma al eterno descanso, relativamente tranquilo en cuanto a su hijo Fernando, porque en el testamento de Alcalá le encomendó a la tutela de su madre, "conociendo cómo la Reina doña María era mujer de grand entendimiento". Y en su ministerio de Madre, primero, y de abuela, después, curadora, más que de su prole, del Reino destrozado que hereda, es María la Grande la gobernadora diestra, flexible a veces, irreductible otras, que mantiene a flote la nave del Trono, a despecho de huracanes, escollos y turbonadas.

¡Qué perspicaz Sancho IV cuando en su "fabla" a Juan Manuel le ruega cuide de "la Reina doña María, ca so cierto que lo habrá muy grand mester, et que fallará muchos después de mi muerte que serán contra ella"! Tantos, que hasta un día, desoyendo la súplica, el propio señor de Peñafiel se le vuelve. ¡Aquel torcido infante D. Juan que se proclama Rey! ¡Aquel osado D. Enrique que se apropia la regencia! ¡Aquella conjura de los de la Cerda con Portugal, Aragón, Francia y hasta el emir de Granada! ¡Aquel jurar un día y abjurar otro! ¡Aquel descastado Fernando, que consiente se exijan cuentas a la abnegada tutora! Y después, la muerte prematura, súbita, misteriosa, del hijo "Emplazado", la minoridad de Alfonso XI, la nueva y disputada tutoría de la abrumada abuela, las intrigas del Tuerco, los desmanes de las banderías, el encono de los ricos-omes, que sólo vivían de "robos e tomas que facían en la tierra". ¡Con qué inquietud no cerraría los ojos la experta gobernante cuando, viendo venir la muerte, reunió en torno de su lecho a los regidores y caballeros de Valladolid para entregarles la persona del Rey y encarecerles que a nadie fuese aquel niño de diez años hasta que fuera capaz de gobernarse por sí mismo!

Majestuosamente salió de la vida para entrar en la Historia la mujer insignie, "amparo de tres Reyes y honra de Castilla", dice Mariana, prototipo de entereza varonil, de ecuanimidad en los conflictos, astuta y sutil, a juicio de Lafuente, protagonista luego del maestro Tirso, selección tan depurada de su sexo, que España no debería ni mentarla sin acompañar a la mención una oración de gracias a Quien la formó y la sentó en su Trono. De tal magnitud es su figura, que ni siquiera la de Isabel I llega a eclipsarla. Así como, casi a diario, aparentemente conviven el sol y la luna en nuestro firmamento, cada cual con su típica belleza, así cabe admirar el astro del siglo XIII, a la par que sentirse deslumbrado por el fulgor incomparable de aquel otro que en el XV fijó el centro de nuestro nacional sistema estelar.

¿Necesitará el lector que, una vez más, resuma aquí la biografía de la Reina Católica? Sería ofender su cultura con abuso notorio del espacio. Pero, al objeto de estas líneas, hasta sintetizar con frases ajenas la opinión de providencial en que, por muchos, hasta con extrañeza de que no se la canonice, se la tiene. La creían así sus contemporáneos, incluso los extranjeros. Prescindamos de las que se estimen adulaciones de sus cronistas y poetas de corte. Es Jerónimo Munzer, viajero alemán, quien, después de visitarla en Granada, exclama: "Dijérase que el Omnipotente, al ver languidecer a España, ha enviado esta mujer excepcional". Y es, veinte años después de muerte, cuando Castiglione se admira de que aún perdure el acatamiento y respeto a las providencias que ella adoptó. "Está—escribe—todavía en los corazones de todos tan arraigada, que casi muestran creer que ella desde el Cielo los mira, y desde allí arriba les alaba o los reprende".

Por algo los pinceles coetáneos dieron en aureolar su cabeza con nimbo de gloria celestial. (Colección Lázaro.) Y por algo esta creencia, presunción de beatitud, de bienaventuranza, no se ha desvanecido a través de los siglos. Palaflo, el Venerable, no recataba su devoción al ponerla en parangón con Santa Teresa. Devoción que asimismo mueve, sin temor a incurrir en herejía, plumas contemporáneas nuestras, de las más miradas en ortodoxia. Breve Salvatierra dice de la Reina Católica: "Dios suscitó a esta mujer para que llevase a cima cosas que, repartidas entre muchos hombres, sobrarían para afamarlos". Más concreto aún el sabio prelado, arzobispo luego de Santiago, padre Zacarías Martínez, no vacila en sostener que, aunque por designios inexcrutables no la veneramos en los altares, "Isabel fué una santa".

Dejemos al indiferentismo que sonría, burlón. Déjenos él, en cambio, confiar en que, ya que los hombres de ahora nos brindan tan pocas perspectivas de salvación para la Patria, sea el sufragio femenino contemporáneo quien nos la depare, más pronto o más tarde. El milagro que más de una vez hizo Dios a través del cetro de antaño, ¿por qué no habría de hacerlo a través del voto de hoy, símbolo e instrumento de la soberanía de la mujer actual?

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA



ISABEL I DE CASTILLA, LLAMADA LA CATÓLICA, SELECCIÓN TAN DEPURADA DE SU SEXO, QUE ESPAÑA NO DEBERÍA MENCIONARLA SIN ACOMPAÑAR A LA MENCIÓN UNA ORACIÓN A QUIEN LA FORMÓ Y LA SENTÓ EN SU TRONO... (CUADRO DE LA COLECCIÓN LÁZARO, EN MADRID)



...EN LOS CAMPOS DE BATALLA



MARIA AGUSTIN: Natural de Zaragoza, de edad de veintidós años. En ocasión de hallarse los patriotas combatiendo y faltarles ya las municiones, salió al campo con un capacho de cartuchos y, metiéndose por entre el fuego, le entregó a los españoles. Volvía por otro, cuando recibió un balazo en el cuello; pero, lejos de intimidarse, se hizo curar provisionalmente y, cargada de otra provisión igual de cartuchos y de un cántaro de aguardiente, salió otra vez a socorrer y alentar a los patriotas que hicieron, al fin, huir al enemigo. (Grabado Juan Gálvez y Fernando Brambila. Colección de D. Félix Boix.)

I
(1476)
La batalla de Pelea-Gonzalo o Pelay González, donde tan bien peleara el cardenal González de Mendoza, había abatido la cruz de Avis, el pendón de castillos almenados y leones con cara humana, y los secuaces de la Beltraneja buscaban en Toro su postrer refugio. Doraban ya las mieses sobre los campos de Zamora. El trono de Isabel y de Fernando iba a consolidarse, y pronto la victoria, y la paz, y la unidad prometerían la eternidad a las ramas de olivo. Santiago dominaba a San Jorge, el castellano al portugués, Fernando a Alfonso V, Isabel a la "mochacha". Pero el Adversario hollaba aún el suelo de Castilla, y su aliado, Luis de Francia, redoblaba en Fuenterrabía el cerco. Epoca de hierro, en que el hierro no excusaba el hábito femenino. Edad de no mulieres afanes, propicia a las varonas. Del lado lusobeltranejo, la feroz condesa de Medelín y doña María Sarmiento, brava mujer del gallina Juan de Ulloa, el vencido en Valdegallina, del que cantaban:

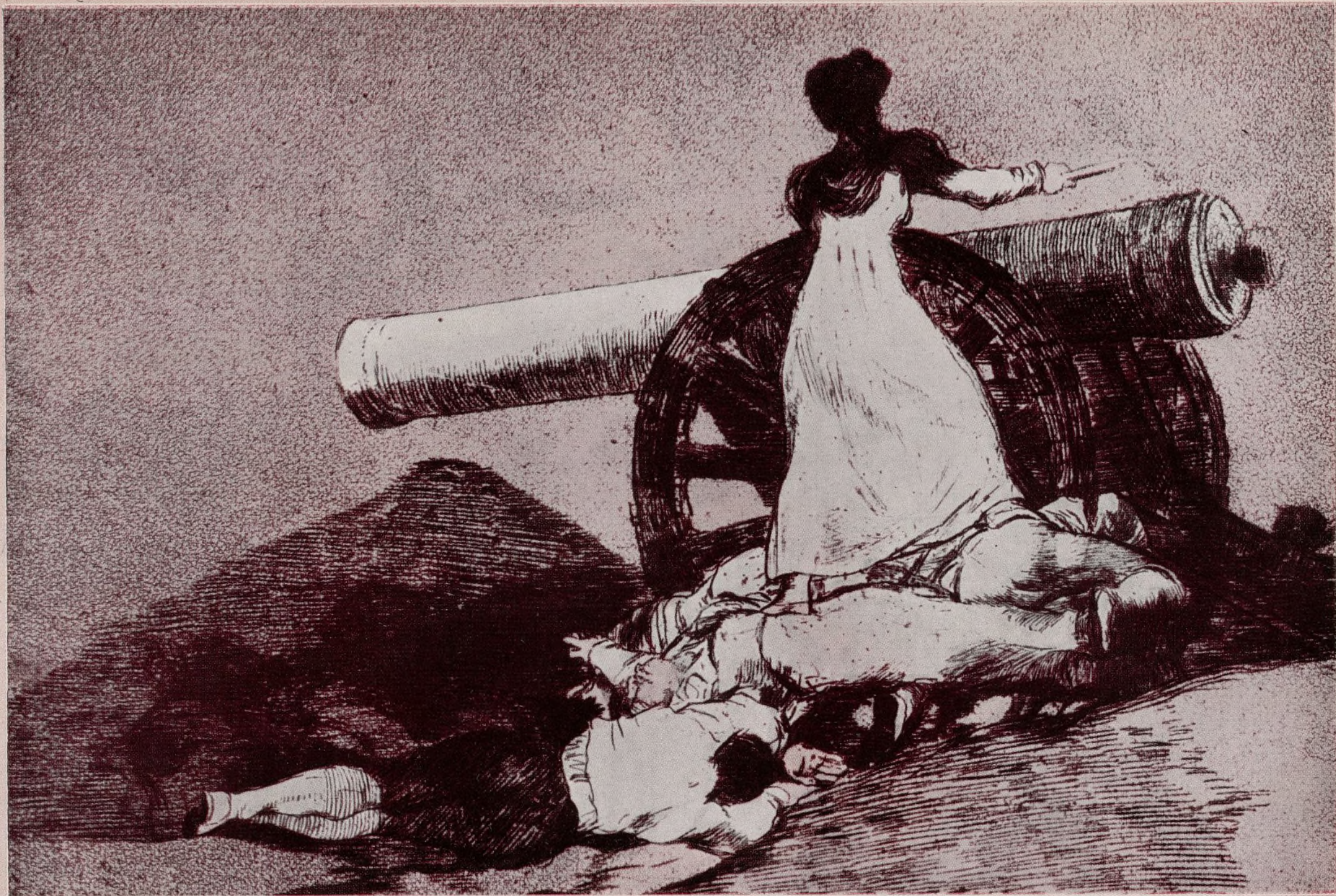
"Juan de Ulloa, el Trasquilado,
vete al Val de la Gallina:
verás cómo pica el cardo."

Del lado de Isabel, Antona García. La Sarmiento defiende Toro contra Isabel. Antona quiere entregar a Isabel el castillo de Toro. De mujeres depende el porvenir de España. Fernando también tiene que luchar con otra mujer, y corre a la Corte de su padre, donde cierta barcelonesa Roxa apaga con sus caricias los últimos resortes de la existencia del anciano. Con felicidad escribirá un día Quevedo: "A este sexo ha debido siempre el mundo la pérdida y la restauración, las quejas y el agradecimiento."

Para triunfar de la Roxa y asegurar su ausencia de Castilla, Fernando pacta con el lusitano aventajadísima tregua, que confiere al conde de Benavente, prisionero del Ad-



MARIA CONSOLACION AZLOR Y VILLAVICENCIO, CONDESA DE BURETA: Después baronesa de Valdeolivos. La señora doña María Consolación de Azlor y Villavicencio, infatigable y exaltada patriota, a quien se vió muchas veces, despreciando el fuego y el peligro, llevar provisiones a los combatientes y socorrer a los heridos. En el asalto del día 4 de agosto, cuando los franceses habían entrado en la ciudad, y su casa estaba ya para ser cortada, formó dos baterías en la calle y los esperó resuelta a hacerles fuego hasta morir. (Grab.º Juan Gálvez y Fernando Brambila. Bibliot.ª Nacional.)



versario, la libertad. Pero Isabel se prepara con nuevos contingentes castellanos para caer sobre Toro. Pide caballos a Sevilla, a Córdoba, a Jerez, a Ecija. Antona García le asegura desde el recinto de Toro el triunfo. Se erige en cabeza de la rebelión. La valerosa mujer acumula sobre la plaza tropas del liberado Benavente y del Almirante. Y en un amanecer de primeros de julio se lanzan al asalto. Antona se multiplica, les arenga, les enardece. Les secundarán desde la ciudad. Empero dentro de la ciudad el de Benavente tiene enemigos. Por él, que no por ella, fracasa la maniobra, y la terrible María Sarmiento, astuta y prevenida, la prende y condena a muerte, junto con Alfonso Botincete y Pedro Pañón.

Se vistió Antona para el cadalso como para una fiesta. Salió de la cárcel resplandeciente de hermosura, tocada con amplio garnachón, saya de seda blanca y medias encarnadas. Pidió ser ahorcada la primera; subió arrogante y con pie firme al tablado y arengó valerosamente a sus compañeros:

—Amigos y hermanos—les dijo—: paciencia, y a morir como hombres. Que vamos a la gloria, porque morimos por nuestra Reina, por nuestra ley y por nuestra patria. ¡Castilla e Isabel!

Suplicó, pudorosa, al verdugo que le atase las faldas por abajo, y quedó suspenda del madero dulcemente, sin gesto alguno ni contracción.

AGUSTINA DE ARAGON: Agustina de Zaragoza y Domenech se distinguió en el primer sitio de Zaragoza, durante la guerra de la Independencia, por su extraordinario valor y vehemente patriotismo, sirviendo un cañón con asombrosa intrepidez y produciendo grandes estragos en las huestes francesas. Se le concedió más tarde el grado y sueldo de subteniente de Infantería. Conocida por Agustina de Aragón, más que por sus verdaderos apellidos, es una de las heroínas más populares y la que mejor representa el valor y el patriotismo femeninos. (Reproducción de un dibujo de Goya, por el señor Rioja.)

CASTA ALVAREZ: Una de las mujeres que más se señalaron en la defensa de la ciudad de Zaragoza, sitiada por los franceses, que por primera vez, bajo el mando de Napoleón, encontraban tan firme resistencia en una población amenazada por ellos. Armada con una bayoneta que, a manera de lanza, llevaba en un palo, animaba a los patriotas y los guiaba a los enemigos, cuando se aproximaban. Donde dió a conocer más su bizzarria fué en la batería de la Puerta de Sancho. Se la premió con una pensión y un escudo de honor bien merecidos. (Grab.º Juan Gálvez y Fernando Brambila. Bibl.ª Nacional.)



PERO SI LA ASPEREZA DE LA LUCHA LO CONSIENTE, LA MUJER SE SIENTE MEJOR DISPUESTA PARA CURAR QUE PARA HERIR. VÉASE, EN LA GUERRA PLANTEADA ACTUALMENTE, A LA PRINCESA DE PIEMONTE, HEREDERA DEL TRONO DE ITALIA, A BORDO DE UN BARCO QUE REGRESA DE ETIOPIA CON SOLDADOS HERIDOS.

II (1589)

¡El Draque, el Draque! ¡El fiero Dragón navega con sus rubios delfines los ingleses hacia las costas de Portugal y de Galicia! Lleva el corsario doscientos navíos con veinte mil soldados y marineros, a las órdenes del almirante Norris. Cuenta, además, con algunos portugueses descontentos. Su intención es arrebatarse Portugal y Galicia a Felipe II, al abrigo del desastre de la Armada (que los extranjeros llamarán Invencible) en el año anterior. Veremos si también le son ahora propicios los elementos.

El inglés tantea algunos desembarcos. La poca resistencia por la parte de la Pescadería le infunde confianza en el asedio. Los coruñeses reprimen astutamente el ardor para atraer al adversario. Y cuando le tienen a merced, capitaneados por Juan de Padilla, hacen terrible mortandad, en los primeros asaltos, a las tropas de Norris. El Draque ve con espanto que desde el fuerte de San Antón los cañonazos son tan certeros, que se hunden varias naves de su flota. Los ingleses, así comprometidos, acuerdan jugárselo todo en un asalto general. Es una lucha desesperada. Con inconcebible arrojo y por varios puntos a la vez, logran escalar lo más alto del muro. Españoles y corsarios llegan al cuerpo a cuerpo; pero ante la enorme superioridad numérica del enemigo, los sitiados ceden. Entonces sucede la hazaña de María Pita, o más bien, Mayor de la Cámara y Pita. María ha estado socorriendo a los soldados, curando heridos, retirando muertos. Ha visto caer, atravesado por los hierros ingleses, a su esposo, Gregorio Rocamunde. En un arranque de sublime heroísmo arrebató la espada y rodela a un soldado, y grita:

—¡Sígame quien tuviere honra!

Y precipitándose sobre el oficial inglés que iba a plantar la bandera, de un tajo le hizo rodar sin vida. Coge la enseña inglesa y arenga a los desfallecidos sitiados; infunde en ellos nuevos corazones; se reencienda la lucha. María Pita, al frente de sus hombres, va sembrando por todas partes imágenes de muerte. Mil quinientos ingleses quedaron allí mismo, destrozados en atroz carnicería. Quedó limpia de enemigos la muralla. Se espantó el Draque y levantó el asedio. ¡Vergonzosa derrota! Lo que no pudieron ejércitos ni armadas pudo una sola mujer. Y la que ensordeció la tierra y el mar y fué constante amenaza de los más grandes peñeros, la Reina Elizabeth, perdió su bandera ante el arrojo de María Pita, una sencilla mujer española.

No se sabe cuándo nació, ni dónde, ni la fecha de su muerte.

Felipe II, como su bisabuela Isabel con Antona García, premió la hazaña de la heroína gallega dándole a perpetuidad el grado y sueldo de alférez, confirmado en sus sucesores por Felipe III. Porque "de los Reyes es propio...", etc.

Y A LA EMPERATRIZ DE ETIOPIA, CON ALGUNAS DAMAS DE SU CORTE, FABRICANDO LAS VENDAS QUE SERÁN ALIVIO PARA LOS QUE CAIGAN ALCANZADOS POR LAS BALAS...

III (1808)

Agustina Zaragoza lleva armas desde la cuna. Su padrino, Juan Altarriba, es armero: manos hechas para forjar armas la sostienen sobre la pila bautismal de Santa María del Mar (Barcelona) el 6 de marzo de 1786, dos días después de su nacimiento. Lleva armas en su espíritu. Lleva armas en su rostro. Por eso es toda armas. Cuando el primer sitio de Zaragoza tiene veintidós años de hermosura. La Zaragoza inmortaliza a Zaragoza, y ésta a ella. Agustina es Zaragoza y Zaragoza es Agustina. Porque Zaragoza es Caesaraugusta y Agustina es Agustina y es César. Y así, Agustina Zaragoza es igual que Caesaraugusta.

Los últimos días de junio de 1808 habían sido infelices para los sitiados, consecuencia de la llegada de Verdier, el 25. Dos fechas más tarde volaba el polvorín establecido en el Seminario. El 30 comenzó el bombardeo a medianoche. Noche sofocante por el calor y el humo, trágica por el retumbar del cañón, el resplandor de los incendios que iluminaba tan bárbara grandeza, el grito de los heridos y el estertor de los moribundos. Siguió así todo el 1.º de julio. Batían los cañones las puertas de la ciudad y era espantosa la alarma. Desde muy temprano embistieron los franceses la Aljafería y las puertas del Carmen y del Portillo. Hízose general el ataque en todos los puntos. He aquí llegar a Palafox, que entra en la ciudad arrolladoramente, con 1.500 hombres de refuerzo. Levanta los ánimos. Militares y paisanos rechazan valerosamente el asalto del día 2 en las puertas del Carmen, del Portillo y de Sancho, cuartel de Caballería y Torre del Pino. Una mujer, Casta Alvarez, desgredada, como una loca, como una furia, corre con una bayoneta puesta en un palo, arenga a los defensores y anima y aun se pone al frente de los paisanos en los lugares de mayor peligro.

Otra mujer... Esta es Agustina. Todo el fuego y el empeño de los franceses se reconcentra en la puerta del Portillo. Una batería exterior ha quedado ya reducida al silencio, entre un montón de cadáveres. Cuando Agustina se acerca, desafiando la metralla, a llevarles provisiones, los artilleros están mudos,

con el sello de la muerte impreso en sus bocas. Aún arde la mecha en las manos crispadas de uno. La arrebató, pone fuego a la pieza y el cañón vomita el exterminio, disparado por aquellas manos delicadas. Ya enardecida, el cañón es su amado, a él se abraza y entrega y de él jura que no se apartará. Y es sublime la imagen de aquella mujer joven y hermosa, al pie del cañón, con la mecha encendida, luchando por disparar sola, cuando su arrojo levanta los ánimos de todos y se precipitan a la batería para renovar el espantoso fuego.

Quinientos muertos cuesta a Verdier su ataque infructuoso. Más de tres mil perderá después. El adversario levanta el sitio (que ha durado sesenta días) en 14 de agosto. Palafox triunfa, recuerda la hazaña de María Pita y recompensa a Agustina Zaragoza con un grado militar y una pensión de por vida.

Las tres heroínas son igualmente grandes: Antona desde el cadalso, María desde lo alto de las murallas, Agustina al pie del cañón. Las tres ardieron abrasadas en el mismo fuego patriótico.

¡Dichosos los hombres de los pueblos en que se dan tales mujeres!

LUIS ASTRANA MARIN

FOTOS V. MURO Y ARCHIVO P. E.



... Contemporáneas

No hables mal de las mujeres
porque al fin de ellas venimos.
CALDERÓN DE LA BARCA en
"El alcalde de Zalamea".

La mujer contemporánea no parece echar de menos el culto romántico que prodigaba el hombre de otros tiempos al eterno femenino. Viéndola tan suelta de modales, tan dueña de sí, un poco agarzonada y un sí no es rebelde a ciertos convencionalismos que regulaban antaño sus relaciones con el otro sexo, se tiene la impresión de que está contenta y casi satisfecha de lo que la rodea. A nosotros, hombres de otra generación, acostumbrados a un vivir menos trepidante y más cortés que el actual, esa evolución de los gustos de la mujer nos sorprende y a ratos nos indigna, como si todo lo que piensa y hace, por el placer, generalmente inocente, de afirmar su personalidad, contuviese un fermento de insubordinación, ofensiva para los fueros que nos hemos atribuido y que todavía nos reconoce la ley.

Su desenfado en el trato social; sus curiosidades estéticas de discutible elevación, puesto que se resumen en el "cine"; sus conversaciones de un tono ingenuamente pagano, como inspiradas en un difuso amor a la belleza plástica y viviente; su predilección por los deportes, en que la línea y el movimiento lo son todo; su desprecio de la literatura, que puede coincidir con una efectiva afición a la ciencia y a la filosofía, y principalmente la facilidad con que se presta algunas veces a la complacencia que crean ciertos vicios inveterados en el hombre, como el alcohol y el tabaco, adquieren a nuestros ojos un no sé qué de sospechoso que nos hace contemplarlas con una ligera aprensión. Eso explica el que, cuando un hombre ya maduro, que conoce la vida por haber gustado sus almíbares y sus acíbares, pero inconsolable de no poder oír los ecos de su pasado en el silencio de su corazón, se encuentra con una de esas criaturas atrevidas y adorables, se eche a temblar y evite su intimidad como se soslaya un peligro. Su misma osadía en el mirar y en el decir, apenas mitigada por la educación, es un incentivo más para el hombre, el cual cree presentir al través de aquellas audacias, que pueden no ser sino disfraces de la timidez, un horizonte de emociones deliciosas. Porque es absurdo suponer siquiera que la mujer existe por sí, como un árbol o un mineral.



VÉASE A LA MUJER DE NUESTROS DÍAS, TAN SUELTA DE MODALES, TAN DUEÑA DE SÍ Y UN POCO AGARZONADA...

ABSORTA EN LA SATISFACCIÓN—QUE TAMBIÉN PUEDE SER NECESIDAD—DE CURIOSIDADES DE ÍNDOLE CULTURAL...

OCUPADA EN INVESTIGACIONES DE CARÁCTER CIENTÍFICO, DE LAS QUE DURANTE TANTO TIEMPO ESTUVIERON AJENAS.

Su valor depende, más que de ella misma, de cómo se refleja en nosotros y de las reacciones físicas y espirituales que nos produce. No es sujeto en la historia de los sentimientos, sino objeto, pues haga lo que haga, a menos de desviarse de la ruta normal, la finalidad de su vida es el hombre.

No importa que la cultura o la política la otorguen una aparente o real inferioridad sobre nosotros; que sea literata o artista; que trabaje fuera de nuestra órbita o que legisle, con la consciente pretensión de transformar el mundo. Su grande e íntimo secreto, aquel del cual depende su ventura, está en el corazón del hombre. Sus conatos de independencia tienen un límite: el instinto maternal, y a partir del instante en que ha pasado esa frontera, las dimensiones y el color de su universo interior, que es el que realmente habitan cómodamente los seres, se modifican. ¿Qué mujer ha encontrado nunca, mirándose por dentro,



... su predilección por los deportes en los
que la línea y el movimiento lo son todo...



VIAJANDO SOLAS, CON UNA SEGURIDAD EN ELLAS MISMAS, QUE VIENE A SER COMO SU MEJOR DEFENSA.

EMBRIAGADA POR EL ALCOHOL DE LA VELOCIDAD Y, COMO EN LOS VERSOS RUBENIANOS, CON LA BOCA LLENA DE VIENTO Y SAL.

la adolescente que fué a través de su gozosa plenitud maternal?

Los confesores lo saben todavía mejor que los médicos, porque el alma femenina no se desnuda completamente más que delante de Dios. El hombre, aunque sea su médico de confianza, no acaba de vencer su pudor, última trinchera que dejan en pie las virtudes que ya no son sino ruinas o escombros. La simpatía de la mujer por el religioso tiene poco de humana. El confesonario es para ella un apeadero entre el pecado que la tortura y la divinidad que la absuelve, y como nuestra existencia se reduce a un constante ir y venir del uno a la otra, el cura es socialmente tan necesario como el médico.

Durante siglos, la mujer ha venido soportando resignadamente una inferioridad espiritual que no ha sido nunca sino una cómoda invención masculina, destinada a justificar su condición subalterna y servil. Hasta la ciencia ha hecho lo posible por confirmar aquel prejuicio, al que Moebius y Schopenhauer dieron un valor que todavía prevalece entre los hombres ignorantes y vanidosos. Ha sido necesario el advenimiento del liberalismo, que tiende a igualar a los sexos ante la cultura y que acabará por nivelarlos jurídicamente, para que la inteligencia femenina nos haya impuesto su amplio vuelo y su flexibilidad para penetrar en todos los aspectos de la ciencia y del arte. Ya en siglos pretéritos y remotos el mérito del pensamiento femenino se hizo tan patente, que el condestable D. Alvaro de Luna pudo escribir su libro sobre las "Claras y virtuosas mujeres", sin caer en la hipérbole. Quiero dar a entender, invocando ese texto célebre, que la acción de la mujer en la cultura no data de ayer, sino que se inicia históricamente mucho más atrás en el tiempo. No hay ni ha habido, pues, tal inferioridad, como no fuese en las funciones agresivas y belicosas, que han sido casi siempre privativas del hombre.

La mujer está específicamente a nuestra altura, y si no lo demuestra de un modo constante, con pruebas de orden intelectual, es porque la tradición doméstica la ha tenido apartada de la curiosidad científica, que el hombre se ha reservado para sí. No las adulo al decirlo, ni al reconocerlo se las hace un donativo galante, sino un desagravio. ¿Por qué había de ser la mujer menos inteligente que nosotros? ¿Por qué la función maternal la condena a consumir lo más de su tiempo en humildes y nobles realidades que no son casi extrañas a nosotros? El razonamiento no me convence. Para mí la maternidad, no sólo



no limita el radio espiritual femenino, sino que incorpora a su experiencia nuevas extensiones de la vida que, de otra suerte, le habrían sido ignoradas. Al preocuparse de la prole, la mujer se plantea problemas que no se circunscriben a su hogar, sino que la ponen en comunicación con toda la humanidad.

Se ha dicho que el hombre hace las leyes y la mujer las costumbres. Es cierto. El compás moral de la sociedad lo lleva la mujer, y a sus gustos obedecen los usos y las preferencias generales. Por eso importa mucho que las preocupaciones femeninas no se materialicen exageradamente, pues sus virtudes y sus vicios repercuten en el fondo de la sociedad e influyen, si no en la ciencia, en el trato humano, que es la base de la cultura. Descuidarla la educación de la mujer y pervertirla es contribuir a la decadencia de la civilización.

A no pocos hombres que han caído al envejecer en una especie de misoginia les choca el contraste entre la mentalidad femenina actual, tan ansiosa e impaciente por manifestarse, y el tipo de mujer que ellos han conocido en sus verdes años.

Es un error de perspectiva que no justifica la severidad de sus opiniones sobre el presente. La mujer ha sido siempre igual en sus sentimientos, y a poco que se la frecuente se advierte que si su inteligencia se ha ensanchado y su carácter ha adquirido una cierta y saludable firmeza, específicamente es la misma que en la infancia de la civilización. Lo que la distingue de sus lejanas precursoras, no es la insensibilidad que la suponemos gratuitamente, sino el anhelo y la ambición de intervenir más activamente que antes en el gobierno de las sociedades. Su mismo acceso a la política, ¿qué demuestra sino que se considera apta para funciones de las que nuestro egoísmo la tuvo excluida? Es triste que, en ocasiones, la petulancia científica en que incurren los advenedizos de la cultura enfríe el sentimiento religioso de la mujer, que tanto ennoblece y eleva sus relaciones con nosotros. Ese desapego espiritual de lo divino, que solamente los necios consideran un alarde de superioridad de la inteligencia, no es sino una abdicación vituperable. El racionalismo no basta para explicarse los enigmas del universo y mucho menos para satisfacer la ansiedad íntima que despierta en el ánimo la idea del más allá. Ni la razón ni la ciencia, pues la primera no pasa de ser un instrumento de exploración y la segunda una conquista de hoy, que a menudo nos vemos obligados a abandonar.

MANUEL BUENO.

TRANSFORMADA EN OFICINISTA Y ESCLAVA DE LOS FICHEROS, DE LOS NÚMEROS Y DE LOS FORMULARIOS DE CORRESPONDENCIA...



... en la literatura .



DOÑA CECILIA BÖHL DE
FABER, EN LA LITERATU-
RA FERNÁN CABALLERO.

Si hemos de creer a los fisiólogos admitiendo que el sexo influye en las producciones de la mente y en los grados y matices de la sensibilidad para el arte, ha de reconocerse que las mujeres están más facultadas para la poesía y la literatura llamada de pasatiempo que para las especulaciones elevadas del espíritu en el terreno de las ciencias experimentales, las matemáticas y la filosofía. Sobran dedos para contar los grandes nombres femeninos que pueden acercarse a pensadores y constructores de sistemas como Platón, Aristóteles, Santo Tomás o Hegel. Hipatía y Santa Catalina de Alejandría, la mártir con tradición folklórica, apenas abandonan el nivel de las aficionadas en la disciplina de Descartes y Kant. A la un tiempo famosa doña Oliva Sabuco de Nantes la han hecho caer de su pedestal usurpado las investigaciones certeras de la crítica. Hasta el nombre tenía equivocado. Pero nuestras dulces y adorables compañeras se desquitan de su aparente inferioridad cerebral en el arte y en la literatura, no sólo en la de pasatiempo, en la poesía, el cuento y la novela; también en la crítica, donde son astros de primera magnitud madame de Stael y nuestra condesa de Pardo Bazán, y cuenta que la misión de juzgar tiene mucho de científica y exige métodos tan rigurosos como la filosofía.

La mujer domina la literatura. Es el terreno que le es natural, el horizonte propicio para desenvolver las fantasías de su sensibilidad refinada. Literaturas hay, como la inglesa del siglo XIX, nutridas en enorme proporción de mujeres que escriben. La Pardo Bazán confirma el hecho en su "cuestión palpitante". De lo que ha sido la mujer en las letras españolas hay testimonio en la soberbia bibliografía de Serrano y Sanz. ¿Cómo olvidar a Santa Teresa de Ávila, en cuyo corazón transverberado vive Jesucristo y en cuyas palabras se mantiene la esencia del Verbo que murió por nosotros?

El romanticismo cuenta en España una figura femenina de gran relieve: Gertrudis Gómez de Avellaneda, la cual, en la poesía y en la dramática característica de los años en que vivió, puede muy bien equipararse a Jorge Sand y a las más ilustres mujeres que brillan en las letras con luz inextinguible.

"Fernán Caballero", no obstante ser contemporánea de la autora de "Baltasar", está lejos de ella, con distancia de abismo. Sin el libro del padre Coloma, sin los recuerdos y anécdotas que ha conservado de Cecilia Böhl de Faber la tradición oral en los círculos aristocráticos y burgueses de Andalucía, la novelista de "La caviota" y "La familia de Alvareda" carecería hoy de toda significación en la historia de la Literatura hispana.

La hija de doña Frasquita Larrea fué ante todo una señora de buena sociedad que escribía novelas por entretenerse y de paso practicar los dos o tres idiomas que sabía. Transcurrió su adolescencia como la de una jovencita aplicada que sigue los consejos y las direcciones de un padre alemán, sabio en letras y muy al corriente de lo que significa la marcha del pensamiento a través de las generaciones. Después, Cecilia es ornato de la tertulia materna. Allí discute con admirable sentido las ideas que entonces circulaban, y se pone del lado de la tradición y el buen pensar. Se casa tres veces, la segunda con el marqués de Arco Hermoso. Los duques de Montpensier, verdaderos reyes de Sevilla en los años isabelinos, la distinguen como a señora principal y ponen a su disposición unas habitaciones en el Palacio de San Telmo, y allí vive respetada y admirada de quienes se aproximan a ella en busca de un consejo, de un favor, de un rasgo de caridad a lo gran señora. Y es que en "Fernán Caballero" la dama está por encima de la escritora. El justo renombre con que puede saludarle hoy en día la historia de la literatura española, lo merece porque dejó fundada entre nosotros la novela de costumbres regionales, y fué, en cierto modo, precursora de Pereda y Blasco Ibáñez, Valera y la misma Pardo Bazán, en sus relaciones noveleras que tienen por fondo y por alma a Galicia.

En las suaves laderas del Noroeste hispano hemos de encontrar a las otras dos figuras femeninas que resumen una parte de nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad.

Rosalía de Castro es superior a "Fernán Caballero", como Emilia Pardo Bazán es superior a Rosalía de Castro y a todas las mujeres del siglo XIX español, que han adquirido fama con la pluma en la mano.

Cecilia Böhl de Faber no fué jamás romántica en la literatura, a pesar del tiempo en que vivió y de las aficiones y estudios de su padre, que tanto contribuyeron a la formación del romanticismo en España. Rosalía de Castro camina ya más dentro de esta corriente sentimental, que atañe a letras y costumbres en la primera mitad de la anterior centuria, usando su dulce lengua gallega y acentos dignos del "Ajuda" y el "Colocci-Brancutti". La santiguera Rosalía va impregnando nuestras almas de un vapor húmedo con neblinas de mar, que en la región ga-

laica tonifica los pulmones. Tiene de romántica la esposa de Manuel Murguía el sentimiento y el instinto social que en no pocas de sus composiciones aparece. Pero no venga al recuerdo una de las maneras de Jorge Sand. Rosalía de Castro ofrece, por facultad maestra, la poesía del sentir hondo y el hablar bello. Sus hermanas de espíritu en las literaturas europeas son Marcelina Desbordes Valmore y Elisabeth Barrett Browning. Como ellas, pone Rosalía en sus versos lo más exquisito de un alma que sabe vivir en las cosas y se desintegra en amor al mundo externo que la rodea, a los semejantes que son nuestros hermanos, al ideal en que se consumen los anhelos... Fuerte como el espíritu y la doctrina de los dominicos, en cuyo convento de Santiago de Compostela está enterrada Rosalía; tierna, delicada, sensible a las dulces emociones del clima, el ambiente y la lengua; sincera en todo momento y con la habilidad precisa para amoldar la estrofa a lo íntimo de sentires, pensamientos y expresiones, Rosalía de Castro es quizá la primera de nuestras poetisas, la que más alto ha subido el alma de la mujer en los horizontes de la inspiración, la que ha calado más hondo en el sentimiento y la conciencia del natural, tanto que precede a la condesa de Noailles y se iguala aquí y allá con su magnitud.

Emilia Pardo Bazán pertenece a la generación que sigue inmediata a la de Rosalía de Castro y nace medio siglo después que "Fernán Caballero". No puede ser comparada ni con la novelista de "La familia de Alvareda" ni con la poetisa de su tierra galaica natal. Su con-

textura literaria es más firme, se extiende a más dilatadas regiones y pide examen desde más variados puntos de vista. La escritora genial de "Los pazos de Ulloa" y "San Francisco de Asís" es, por excelencia, "el sabio", para usar el apelativo que le dió "Clarín". Dama de sociedad, como "Fernán Caballero", aunque ejerciendo su influjo en círculos más dilatados y de mayor selección; novelista en el aire moderno, hace cincuenta años, de Zola y los Goncourt; historiadora y crítica en las huellas de Ozanam y Montalembert; cuentista deliciosa como Merimée y Maupassant; mujer enterada de cuanto el mundo culto producía, ya en las altas especulaciones del pensamiento, ya en el terreno de la literatura y las bellas artes, Emilia Pardo Bazán, condesa de su apellido, es figura del triunvirato español del siglo XIX, al lado de D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez y Pelayo. La idea de este triunvirato me la sugirió Charles Nisard con su libro sobre Escalígero, Cassaubon y Justo Lipsio, la constelación más brillante en el firmamento literario y erudito del "siglo-ciento".

No hay escuela de algún valor entre 1870 y 1920 que no tenga reflejo de mucha estimación en los escritos de Emilia Pardo Bazán, en el "grenier" de los Goncourt y en los libros de estos autores aprende nuestra escritora gallega a comprender y admirar el siglo XVIII, el naturalismo y el arte japonés. El brillo de una plástica consistente, que había llevado a la poesía y a las letras Gautier y que se hace, andando los años, regla primordial del romanismo, alcanza en la novelista de "La quimera" y "Dul-

DOÑA ROSALÍA DE CASTRO, A LA QUE MUCHOS CONSIDERAN LA PRIMERA POETISA ESPAÑOLA.



LA CONDESA DE PARDO BAZÁN, UNA DE LAS MEJORES NOVELISTAS CONTEMPORÁNEAS.

ce dueño" ya la dureza de mármoles y bronce que traen al recuerdo a Miguel Ángel y a Donatello; ya la habilidad de orfebre en que se distingue Benvenuto Cellini; ya los tonos calientes de la pintura veneciana y flamenca; ya el bizantinismo moderno de Barbey d'Aurevilly, a quien la condesa dió a conocer en España años antes de que le imitara Valle Inclán; ya la plasticidad en la idea de la muerte, según el tapiz del siglo XIV que poseía y que tiene adecuada descripción en unas páginas memorables de "La sirena negra"; ya las burbujas del champaña rubio en copas de aquel cristal bohemio en que parecían encontrar eco sonoro los versos de Lamartine...

Por el espíritu sensible de Emilia Pardo Bazán pasa todo el siglo XIX, en lo que tuvo de selecto y exquisito para las más raras formas del pensamiento y la belleza en el arte manifestadas. Han de leerse despacio sus cuatro volúmenes sobre escritores de Francia y ha de aplicarse luego al juicio de sus producciones (novelas, ensayos, hagiografías, libros de crítica y de historia) el fruto de las lecturas a que se entrega la autora para componer tan bellos relatos didácticos y vendrá entonces al convencimiento la inmensa valía de quien sólo puede llevar un dictado para su justa calificación: el de polígrafa.

A medida que el tiempo transcurra—ya lo ha observado un espíritu tan sagaz y certero como el doctor Marañón—la figura gigante de Emilia Pardo Bazán irá afinándose más y más a los ojos de las minorías selectas y con el mayor estudio y comprensión de sus obras y de su persona todos los pueblos de habla hispana se habituarán a respetar y admirar su nombre como a uno de los luminare más resplandecientes del pensamiento y la cultura de España.

LUIS ARAUJO-COSTA

¿a donde van las mujeres?

Va la mujer a donde dice? Según los novelistas, nunca, entre otras razones porque de lo contrario no habría novelas.

¿Va, al menos, donde quiere? Según ellas mismas, jamás. Según los maridos, siempre.

¿Va la mujer hacia algún sitio?

La anécdota diaria se funde y confunde en el laberinto del alma femenina con las esencias categóricas..., como diría cualquier perfumista del pensamiento. En ellas lo externo es un simple plagio, gris y desdibujado de la infinitud inso-

tras mujeres forma un complejo programa nutrido, nervioso. La prisa, palabra y concepto que aquí, en África, no tiene sentido ni aplicación, se ha naturalizado en España mejor que en ningún otro país del mundo. Con la positiva recíproca e histórica influencia del mundo árabe y del mundo español, esta oposición del concepto del tiempo no puede ser más clara sin embargo. Para el árabe y el berebere, el tiempo no vale nada. Para el español, la falta de tiempo ha llegado a constituir una verdadera voluptuosidad, un es-



FOTO FRED WALLENTIN

bornable. Con la vida habitual ocurre como con la decoración y el amueblado de las casas: que entre los detalles anda temblando ni más ni menos que la proyección de todos los conceptos, de todos los prefijos del obscuro mundo de la intimidad. Acordándome de la mujer europea y de la mujer española concretamente, estoy escribiendo en otras tierras y entre otras mujeres. El día de una mujer árabe o berebere, aquí, en Fez por ejemplo, es también el cartel representativo de su itinerario espiritual. Si es mujer de moro de condición, la mañana cruzará ante sus ojos atónitos esperando a la tarde y la tarde irá apagando sus colores en una pereza casi fabulosa esperando la noche. Así la indígena de Marruecos espera la muerte sin apenas haber conocido otra cosa que el paisaje que se ve desde su azotea y el muro encalado que juega con la luz violenta frente a su ventana. Si es mujer pobre, irá por las mañanas al zoco, comprará en los puestos inverosímiles comidas puramente convencionales, y nada más hasta otro día. Si es mujer campesina, trabajará en el campo mientras su marido contempla las nubes, que es la más entretenida caligrafía de Marruecos.

¿A dónde va esta mujer? Según nuestro pensamiento europeo, a ninguna parte. Ni práctica ni idealmente parece salir un momento de su estatismo casi poético y casi vegetal también. Sin embargo, ella sabe que va hacia aquello para lo que cree haber nacido: a ocupar un puesto pequeñito, suave, dulce y sin demasiada importancia al costado de las horas perdidas de un hombre. Ese es el único itinerario de estas mujeres como el de tantas otras mujeres de geografías para nosotros fabulosas.

¿Hacia dónde van nuestras mujeres? Con la imaginación me trasplanto desde la Medina de Fez a la Gran Vía madrileña. Es un día luminoso o un día de lluvia. Una mañana en que el sol se pega como un cartel de turismo "pour l'Espagne" a las esquinas, o en la que una lluvia apretada resbala por los impermeables femeninos, charola los paraguas y nos deja sin "taxi" a la salida del café donde tomamos el aperitivo, sentados los unos casi encima de los otros, porque la moda quiere que el público correspondiente a cuarenta cafés coincida sólo en uno, quizá porque es más incómodo y más caro que los demás.

Desde la mañana hasta la noche, hasta la madrugada muchas veces, el itinerario de nues-

timulante, que en la mujer es un detalle más de la elegancia. La inglesa puede presumir de aburrimiento, la francesa quejarse de supuestas incomprensiones del hombre; a las españolas les basta casi siempre con exclamar:

—¡Uf...! ¡Es que no hay tiempo para nada...!

La prisa. Ese es el ritmo del itinerario de la mujer española, el acento de su coquetería.

Pero esto de la prisa, ¿no tiene algo de símbolo? ¿No es la prisa, también, por encontrar su destino, su orientación espiritual? ¿No habla esta prisa de un cierto afán de buscar por todos los caminos el camino que la mujer española busca sin saber exactamente si no lo conoce o lo ha olvidado y no lo sabe volver a encontrar en el laberinto de todas las preocupaciones, de todas las seducciones, de todas las predicaciones que le son contemporáneas?

¡Prisa, prisa, prisa! Prisa es esperanza. Quien aún siente prisa, sabe que Abril anda en sus ojos, que no ha pasado el tiempo de la canción.

La prisa es ahora por la vida misma. Dice Paul Gaudy que a los treinta años el hombre no sabe lo que puede ser, "pero ya sabe todo lo que no podrá ser jamás". Y esa una prisa de angustia y agonía: la prisa de vivir, porque nos damos cuenta que la "existencia" se va y la vida no ha comenzado aún.

¿Cuál es el verdadero itinerario de la mujer española? El itinerario externo—oir misa, hacer compras, tomar el aperitivo, ir de visitas, acudir a los té, a los espectáculos, a las fiestas—revela, en fin, una prisa sedienta de iniciar caminos. Pero ¿hacia dónde?

El feminismo, tal y como se le ha enseñado a la mujer en España—un feminismo masculinizado y pobremente político—, ha sido una decepción más. El matrimonio, acontecimiento lógico, siendo fin, no puede ser considerado como fin de fines. Aún en el siglo pasado la mujer hacía para procurar casarse dando al sacramento, contra lo que seguramente imaginaban, un sentido práctico, mediocre de solución, que la mujer de ahora va rechazando por estimación propia.

¿Cuál es el itinerario, entonces, de la mujer? ¿A dónde va?

Como no soy mujer, no lo sé. Sería cosa de hacer una encuesta entre mujeres con esa pregunta.

Para pasar el tiempo sólo, naturalmente...

CESAR GONZALEZ-RUANO



Retrato de la actriz María Palou

POR JULIO ROMERO DE TORRES
(REPRODUCCIÓN DEL PROFESOR EUG. NORMAN)

Ayuntamiento de Madrid



Varieté. la mujer y la cocina



ELOGIO DE LA ENSALADA

«... y no dejes tampoco de comprar ensalada, por ser cosa que me place después del asado, porque limpia mi gástrico a maravilla, es fresca, digestiva, tónica y agradable y, más que nada, Licia, por que hacen primores tus manos componiendo el vinagrillo y el aceite, polvoreando la sal y, bate y pica, convirtiendo en cosa muy difícil lo que tienen por fácil los ignorantes.»

Villegas.

EL MEJOR ACEITE PURO DE OLIVA

EL CHAPARRAL

Director-propietario:

EDUARDO ESPINOSA DE LOS MONTEROS

Almacenes y oficinas:

Fábrica en Cambil (Jaén)

Moratines, 29. Tef. 75037. MADRID.

ELOGIOS DEL DULCE Y DEL PAN

El dulce es la parte sentimental de la gastronomía. Con él se conquista a los niños y a las mujeres.

El pan es el símbolo del trabajo. Dios lo dijo en el amanecer del Mundo: «¡Ganarás el pan...!» El Hijo hizo más tarde de la blanca masa eucarística redención del espíritu. En sus manos se hizo transparente, divino...

Todos los días florece en millones de labios la misma plegaria: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy...»

VIENA

Repostería Capellanes

NUMEROSAS SUCURSALES

Dirección principal: Martín de los Heros, 35-37

Café-Restaurant Viena. Luisa Fernanda, 21

Tef. particular 16 líneas: n.º 32732

ELOGIO DEL CAFÉ

¡Cuán fácil elogiar el café! En esa hora filosófica de la sobremesa, cuando el café humea en la delicada tacita, muchos hombres han decidido el porvenir de un imperio o han encontrado la clave de su propia fortuna. Ante una taza de café se han firmado las poderosas alianzas, se han tomado las grandes resoluciones. Barbousse decía: «Cristóbal Colón hubiese merecido los honores de la inmortalidad solamente porque nos permitió, con su descubrimiento, saborear el café.»

Cafés y chocolates

López Cobos

ESTA CASA NO VENDE CAFES TORREFACTOS
LEGITIMO SOCONUSCO, A BASE DE MUCHO Y BUEN CACAO

Génova, 4.

ELOGIO DE LA MANTECA

«De la alimentación de los pueblos depende su psicología. Sacia su hambre con manjares nauseabundos, enmascarad su indigencia con vino, y tendréis un pueblo ingobernable. Dadle potaje a secas y será díscolo, encarnizado y rebelde. Alimentadle con pastosa y agradable manteca y sus ideas serán de paz y sus actos serán conscientes y amará su trabajo y se sentirá feliz...»

A. Kapoukine.

MANTECA ARIAS

LO QUE AYER FUE RIQUISIMA
LECHE EN ASTURIAS, ES HOY
UNA DELICIA EN SU MESA

ELOGIO DE LA FRUTA

«Entre las apretadas hojas de los árboles se encuentran los sazonados frutos, del mismo modo que entre las hojas de los libros se hallan los maravillosos frutos en que germina la inteligencia y que recoge el estudio. ¡Ojalá éstos fueran como aquéllos, siempre dulces, siempre prometedores y que encendieran con su esplendorosa belleza el deseo de extender la mano!»

Abate Le Droux.

FRUTERIA DE

BERNARDO DELGADO

FRUTAS EXÓTICAS Y DEL PAÍS

Cádiz, 9.

Teléfono 11659.



ELOGIO DEL LICOR

En él anego mi pena
y sofoco mi dolor;
colme mi copa el licor,
más cara, cuanto más llena;
cuanto más amplia, más buena;
cuanto más honda, mejor.

Federico Iglesias.

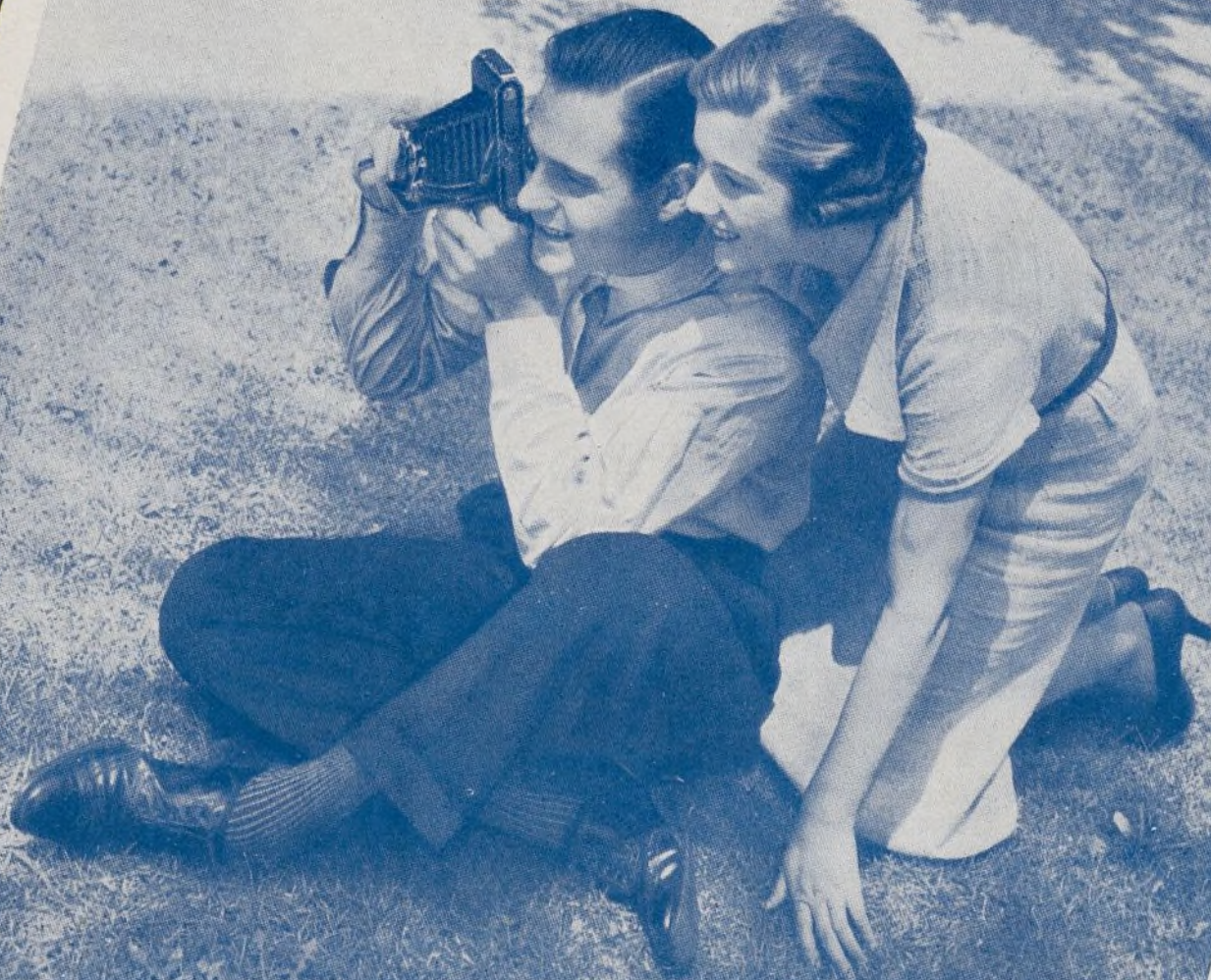
J. Pécastaing

LA CASA MEJOR SURTIDA EN LICORES
ESPECIALIDAD EN MARCAS EXTRANJERAS

Telf. 12200.

Príncipe, 11.

Una de nuestras deliciosas
excursiones
de domingo



Ese día no volverá jamás:
perpetúelo con su "Kodak".

Las pequeñas fotos que Ud. hace en sus divertidas excursiones, pueden llegar a valer un tesoro el día de mañana... dentro de un año... de diez... No corra el riesgo de que puedan salir mal. Asegúrelas Ud. usando película "Kodak"

"VERICHROME"

la película maestra.

Rapidísima (28°).-Doble emulsión.-Gran latitud.-Antihalo.
Ortocrómica.-Grano finísimo.-Asegura el éxito de día
o de noche, y rinde imágenes llenas de vida y detalle.



"Kodak"

De venta en todos los buenos establecimientos de artículos fotográficos.

KODAK, S. A. — Puerta del Sol, 4. — Madrid.